



III

GRATO placer aguardaba á Gilberto al despertar; se levantó cuando empezaba á salir el sol, y en cuanto se hubo vestido, corrió á la ventana para examinar el paisaje.

La rotonda que era su habitación, formaba por sí sola el piso superior de un torreón que flanqueaba un ángulo del castillo. Este torreón y la cuadrada y robusta torre del otro extremo de la fachada, daban al norte; por este lado la roca estaba cortada á pico y tenía á sus piés un precipicio de aspecto muy imponente y de unos trescientos piés de profundidad. Cuando Gilberto se asomó á la ventana, su mirada se fijó en el abismo, donde flotaba una especie de vapor azulado que el sol nascente atravesaba con doradas flechas; este espectáculo le entusiasmó. Tener un precipicio debajo de su ventana, era una novedad que le causaba extraordinaria alegría. Aquel precipicio era feudo suyo, su propiedad; sus ojos tomaban posesión de él. No se cansaba de contemplar aquellas rocas escarpadas como espesos muros, y cuyas paredes cubrían á trechos malezas y achaparrados zarzales. Hacía mucho tiempo que no había experimentado tan viva sensación, y debió convenir en que

si su corazón era viejo, sus sentidos eran todavía muy jóvenes. Lo cierto es que en aquel momento, Gilberto, el grave filósofo, era feliz como un niño, y oyendo el murmullo solemne del Rhin, al cual se unían el graznido de un cuervo y los estridentes chillidos de los vencejos que rozaban con sus inquietas alas las buhardas de la torre-cilla, se forjó la ilusión de que el río ahuecaba la voz para saludarle, que los pájaros le obsequiaban con una alborada, y que la naturaleza toda celebraba en su honor espléndida fiesta.

Mucho le costó separarse de la ventana para desayunarse, y estaba de nuevo contemplando el panorama cuando M. Leminof entró en su cuarto. No le oyó entrar, y fué preciso que el conde tosiera tres veces para hacerle volver la cabeza. Al ver á su lado al enemigo, Gilberto se estremeció al principio, pero se serenó muy luégo. Sin embargo, aquel estremecimiento nervioso que no había podido reprimir, hizo sonreír al conde; esta sonrisa le disgustó. Creyó que M. Leminof adaptaría su conducta al concepto que formara de él en esta primera entrevista, y procuró mantenerse sobre aviso.

El conde Kostia era hombre de mediana edad, bien formado, de estatura elevada, anchas espaldas, aire aristocrático, frente severa y altiva, nariz aguileña, la cabeza erguida y ligeramente inclinada hacia atrás, grandes ojos grises y hendidos de mirada penetrante y vaga al propio tiempo, fisonomía expresiva de corte regular, en la que Gilberto no halló nada desagradable como no fueran las cejas demasiado espesas y los pómulos algún tanto salientes; pero lo que no le gustó en manera alguna, fué que M. Leminof permaneciera en pié mientras le invitaba á sentarse, y que como se excusara, el conde le interrumpiera con gesto imperativo acompañado de un fruncimiento de cejas...

—¡ Señor conde—se dijo Gilberto—no saldréis de aquí sin haberos sentado!

—Caballero—dijo el conde, paseándose por el aposento con los brazos cruzados sobre el pecho—muy apasionado vuestro es el doctor Lerins. Mucho elogia vuestro mérito; se ha permitido insinuar que yo no era digno de poseer en mi casa semejante tesoro de sabiduría y erudición. También me recomienda especialmente que os guarde los mayores miramientos; me da á comprender que respondía de vos ante el universo y que éste me pediría cuenta en su día. ¡Qué suerte tenéis, caballero, con poseer tan buenos amigos! favor particular concedido á pocos.

Gilberto no contestó; se mordía los labios y miraba al suelo.

—M. Lerins—continuó el conde—me advierte también que sois á la vez tímido y arrogante y me suplica que os mime mucho. Supone que sois capaz de arrostrar grandes sufrimientos sin proferir la menor queja. Rarísima virtud en nuestros días. Lo que me disgusta, es que nuestro amigo M. Lerins, según las trazas, me cree una fiera. De veras, sentiría causaros miedo.

Y volviéndose de medio lado hacia Gilberto:

—Veamos, miradme bien, ¿tengo acaso garras?

El pobre Gilberto maldecía *in petto* á M. Lerins y su indiscreto celo.

—¡Oh! señor conde—contestó con la mayor firmeza y tranquilidad—jamás recelé de las garras de mis prójimos. Pero si llego á sentirlas, chillo y me defiendo como puedo.

La voz de Gilberto, y la expresión de su semblante, admiraron á M. Leminof. Le llegó su vez, sino de estremecerse (no se estremecía nunca), á lo ménos de quedar atónito. Miróle un instante en silencio, y luégo prosiguió en tono sardónico:

—No he concluido aún; M. Lerins (¡qué admirable amigo!) parece indicarme también que sois, caballero, un gran corazón. ¿Qué es un gran corazón? Lo que es yo lo ignoro... (Y al hablar así, de cuando en cuando, parecía que buscara una mosca en el techo ó una aguja en el

suelo.)—¿Qué voy á hacerle? En toda suerte de materias, mis ideas son muy atrasadas; no entiendo ni un ápice el vocabulario de mi siglo. Sé muy bien lo que es un caballo bonito, una mujer hermosa, ¡pero un gran corazón! ¿Sabriais explicarme, caballero, qué es eso?

Gilberto no contestó. Estaba enteramente absorto dirigiendo al cielo la plegaria del filósofo: «De mis amigos guárdeme Dios, que de mis enemigos me guardaré yo.»

—Mis preguntas os parecerán tal vez indiscretas—prosiguió M. Leminof;—quejáos si acaso de esto á M. Lerins. Su última carta me ha causado vivas inquietudes. Me hizo de vos tal pintura como si fuérais un sér excepcional; me parece que estoy en lo justo tomando mis informes. Detesto los misterios y las sorpresas. He oído hablar de un principillo de Abisinia que, para demostrar su gratitud al misionero que le había convertido, le envió como regalo una gran caja de madera de sándalo. Cuando el misionero abrió la caja, encontró dentro un hermoso cocodrilo vivo. ¡Juzgad qué grata sorpresa! Estas aventuras le hacen á uno precavido. Cuando nuestro excelente amigo Lerins me envía como presente un gran corazón, es natural que yo le reciba con precauciones, y antes de instalarle en mi casa, procure saber lo que hay dentro... ¡Un gran corazón!—repitió con acento menos irónico, pero más seco—á fuerza de pensar en ello, adivino que seréis aficionado á fruslerías en materia de sentimiento. En ese caso, caballero, permitid que os dé un consejo. La señora Leminof tenía extremada afición á las baratijas de China y atestaba de ellas el salón. Por desgracia, tengo los movimientos algo bruscos, y me sucedió más de una vez que hice caer los veladores cargados de porcelanas y otras frioleras. ¡Juzgad el placer que esto le causaría! Caballero, sed prudente, encerrad cuidadosamente vuestra china en un armario y guardáos las llaves.

—Mucho agradezco el consejo—contestó Gilberto con dulzura;—pero siento mucho que os hayan dado de mi

tan falsos informes. ¿Me permitís, caballero, que os haga mi retrato tal como soy?

—No tengo en ello inconveniente.

—No soy en manera alguna un gran corazón, un alma hermosa—repuso Gilberto;—soy sencillamente un alma buena, ó si queréis más bien, un joven honrado que toma las cosas tal como vienen y á los hombres tales cuales son, que no se pica por nada, ni es presuntuoso, y que le importa un comino lo que los demás puedan pensar de él. No niego que en mis primeros años haya sufrido como cualquiera otro lo que un hombre de talento llamaba *hechizo de las boberías*; pero pronto me rebelé contra él. El destino me deparó un maestro melancólico y algo brutal, que me enseñó á disciplinazos el arte de vivir en sociedad. Por lo tanto todas mis ideas romancescas se refugiaron en mi cabeza y mi corazón se ha vuelto muy razonable. Si hubiera tenido la dicha de ser á la vez rico y artista, hubiera tomado la vida como un juego; pero como no soy ni lo uno ni lo otro, la considero un negocio. Creedme, caballero, la vida es para mí un negocio como cualquier otro, ó, por mejor decir, un poco más espinoso, un poco más complicado, y no me tomo el trabajo de echarle en cara que no sea un idilio ni una ópera. Pero á veces conviene tomarse algún descanso, y cuando quiero reposar de mi gran ocupación, que es vivir, cierro la tienda y me voy al espectáculo... Yo llevo aquí—añadió dándose en la frente—un lindo teatro de titeres. El escenario no es muy vasto, pero mis titeres son muy graciosos y amables; representan á maravilla y ejecutan con igual talento la tragedia y la comedia. Con sólo una palabra, salen de la caja, se visten, se dan una mano de bermellón, se ilumina la escena, se levanta la cortina, empieza la representación y soy el más feliz de los hombres!

M. Leminof no se paseaba ya por el aposento. Estaba inmóvil ante el alféizar de la ventana y contemplaba el valle.

—Yo os obligaré á pesar vuestro á sentaros, señor conde—decía por lo bajo Gilberto.

—Excitáis mi curiosidad—contestó M. Leminof después de un corto silencio.—¿Me enseñaréis esos muñecos?

—¡Imposible!—contestó Gilberto.—Mi polichinela, mis arlequines y mis colombinas son tan tímidos que no se atreverán jamás á arrostrar el fuego de vuestras miradas. Aunque no tenéis garras, caballero, me parece que sois muy poco complaciente con las ilusiones de los demás; con sólo acercaros ¡se quedarían tan corridos! Mis pobres muñecos harto saben que su repertorio no sería de vuestro gusto!

M. Leminof emprendió de nuevo su paseo, y al pasar por delante de Gilberto miróle con altanería y cariño á un tiempo, como mira un gran mastín á un perrillo de aguas, que sin recelo se acerca familiarmente á su majestad colmilluda y hace ademán de jugar con ella. Gruñe sordamente pero sin intención de enfadarse. En los ojos de los perros de aguas hay un no sé qué que obliga muchas veces á los mastines á tomar en buena parte sus libertades.

—¡Ah! caballero—dijo el conde—por confesión propia sois un egoísta consumado. Vuestro gran negocio es vivir, y vivir para vos!

—Eso es, poco más ó menos—contestó Gilberto;—sólo que me resistía á pronunciar esa palabra, un poco dura... No es que yo haya nacido egoísta—prosiguió—pero he llegado á serlo. Si tuviera todavía mi corazón de veinte años, hubiera traído aquí ideas muy románticas. Os vais á reír, caballero; figuráos que diez años atrás hubiera venido á vuestro castillo con la intención muy decidida de amaros mucho y hacerme amar por vos.

—En tanto que hoy...

—Hoy conozco un poco el mundo, y me digo que entre ambos sólo pueden mediar las relaciones del negocio; los mejores, son los que traen más ventaja á ambas partes.

—¡Sois un hombre muy terrible!—exclamó el conde con

risa zumbona.—¡Destruís todas mis ilusiones desapiadadamente! ¡atentáis á la poesía de mi alma! En mi sencillez, me imaginaba que íbamos á apasionarnos mucho el uno por el otro. Proyectaba hacer de mi secretario un amigo íntimo, el querido confidente de todos mis pensamientos, y cuando voy á abrirle los brazos, el ingrato viene á decirme con aire reposado: «Caballero, no se trata entre nosotros más que de una venta; yo soy el vendedor, vos el comprador, yo os vendo griego, y vos me lo pagaréis en metálico sonante.» ¡Demonio! ¡ese gran corazón no rebosa poesía!... ¡Perfectamente! Cuidaré de recordarlo. Sólo se trata entre los dos de un negocio. Seré, pues, si así lo queréis, el explotador, vos el explotado, y no os quejaréis si os trato como un turco á un moro.

—Perdonad—contestó Gilberto;—vuestro interés bien entendido os obliga á guardarme ciertos miramientos. Vos me daréis mucho que hacer, yo no economizaré tiempo ni fatiga, y por vuestra parte cuidaréis de no abrumarme. No soy muy exigente; sólo os pido que me concedáis algunas horas de descanso y de soledad para contemplar en paz mis muñecos.

M. Leminof se detuvo de repente y se colocó enfrente de Gilberto, con las manos apoyadas en la cadera.

—¡Os sentaréis, os sentaréis, señor conde!—murmuró Gilberto entre dientes.

—De todo esto—dijo M. Leminof, mirándole fijamente—saco en consecuencia que sois un egoísta contemplativo. Á lo menos espero que tendréis las virtudes que requiere vuestro estado; quiero decir, que ocupándoos mucho de vuestra persona, estaréis exento de curiosidad indiscreta. El egoísmo carece de todo su valor si no va acompañado de cierta indiferencia despreciativa por cuanto se refiere á los demás. Oídme: yo no vivo absolutamente solo aquí; deseo, sin embargo, que estéis conmigo en continuas relaciones. Las dos personas que habitan esta casa no saben el griego, ni una ni otra; no tienen pues el

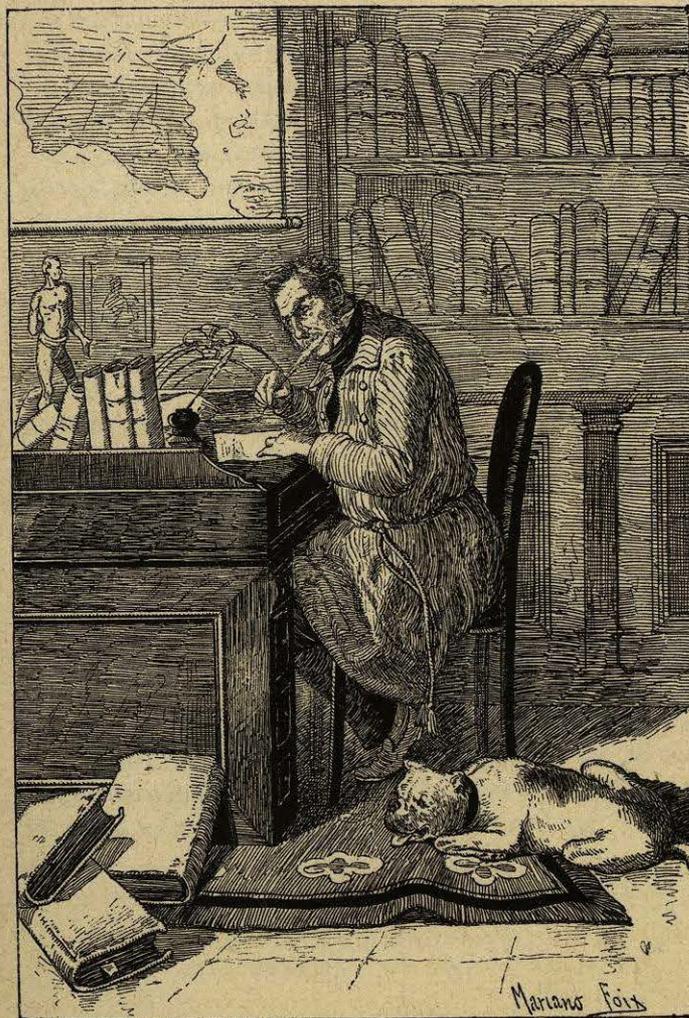
derecho de excitar vuestro interés. Acordaos que tengo el defecto de ser celoso como un tigre; exijo, pues, que me pertenezcáis por completo. Y por lo que respecta á vuestros muñecos, si lo tenéis á bien, me hallaréis siempre dispuesto á admirarlos; pero no se los enseñaréis á nadie, ¡ya lo oís, á nadie!

El conde Kostia pronunció estas últimas palabras con tal energía que Gilberto quedó sorprendido. Estuvo á punto de pedirle explicaciones, pero la mirada severa y casi amenazadora del conde le hizo renunciar á su deseo.

—Vuestras prevenciones, caballero—contestó—son superfluas. Para terminar mi retrato debo añadir que no soy expansivo y que mi carácter es muy poco afable. Á deciros verdad, mi elemento es la soledad que tiene para mí extremado atractivo. ¿Queréis hacer una prueba? Encerradme en este aposento bajo llave, y con tal que me proporcionéis cada día lo necesario para vivir, introduciéndolo por la gatera, dentro de un año me hallaréis sentado delante de esta mesa, tan fresco, tan tranquilo y tan campante... Á menos—añadió—que á mi vez no me sienta atacado de nostalgia. En ese caso podría suceder muy bien que el día menos pensado me saliese volando por la ventana; pero el mal no sería de consideración. Encontrando la jaula vacía diríais: «¡Á ese joven le han nacido alas. Buen provecho le haga!»

—¡No quiero yo eso!—exclamó el conde.—Señor secretario, sois de mi agrado, y para prevenir cualquier accidente haré poner una reja á esa ventana.

Y al decir esto arrastró un sillón y se sentó enfrente de Gilberto, que hubiera batido palmas con mucho gusto ante un desenlace tan satisfactorio y agradable. La conversación de nuestros dos personajes versó únicamente sobre Bizancio y su historia. El conde expuso á Gilberto el plan de su trabajo y le indicó á qué clase de investigaciones desearía que se dedicara. Esta conversación duró todavía algunas



horas, y apenas M. Lemínof volvió á su gabinete, tomó la pluma y escribió á M. Lerín la siguiente carta:

« Querido doctor: os doy las más expresivas gracias por haberme enviado un sujeto de tan inapreciable mérito. Ni hecho de encargo podría parecerme mejor. Es precisamente el *útil* que necesitaba; mas permitidme que os diga que si ese joven me gusta mucho, es porque se parece muy poco al retrato que de él me habíais hecho. Me anunciábais un héroe de Berquin, y me preparaba á devolvéroslo, porque hubiera sido á mis ojos muy justa la restitución. Querido doctor, el carácter de los jóvenes del día es más complejo de lo que os figuráis; el candor no es su virtud; son todos ellos muy prácticos en aritmética y el más ingenioso es por lo menos un chino en ciernes. Lo que me encanta en vuestro *cándido amigo*, es que se *exhibe* él mismo, como el domador exhibe un elefante. Ha tenido á bien mostrarme con todos sus detalles el mecanismo del que llamáis su gran corazón; me ha enseñado el resorte principal, el movimiento, los engranajes, las agujas y el juego de campanas. La gran ventaja que tiene este reloj es que se le mueve con el dedo y marca siempre la hora que se desea. Con todo, el muchacho me parece muy felizmente dotado; es un erudito consumado, que juzga con acierto, y que tiene talento crítico. En verdad no podía encontrar otro mejor. Adiós, querido amigo; contad con mi reconocimiento y ponedme á los piés de Mad. Lerín, si no ha echado en olvido á su indigno servidor.

KOSTIA PETROVITCH LEMINOF.»